

El pequeño príncipe y Antonieta en Bellas Artes

Escena de *El principito*

Fotos: Ana Lourdes Herrera



Por José Noé Mercado

Uno de los más celebrados compositores mexicanos operísticos (celebrado, claro, aun con las limitaciones propias del entorno lírico nacional, con algunas obras sin estrenar, o estrenadas sólo a piano, con reposiciones muy esporádicas de los títulos que integran su catálogo) es el maestro **Federico Ibarra**, a quien la Ópera de Bellas Artes rindió homenaje por sus 70 años de vida y montó dos de sus óperas breves: *El pequeño príncipe* (1988) y *Antonieta* (2010), como apertura de su temporada 2016, los pasados 14, 18 y 21 de febrero.

La decisión de la OBA, dirigida por la maestra **Lourdes Ambriz**, al incluir este par de obras de Ibarra pareció acertada y mató varios pájaros de un tiro puesto que no sólo no dejó pasar inadvertido el aniversario de un compositor nacional sin duda relevante en el apartado canoro (no únicamente compuesto por sus ocho óperas, sino también por ciclos de canciones y obra coral), ya que también aprovechó para satisfacer al público que clama por obras del repertorio operístico mexicano en el escenario de Bellas Artes y, en primera instancia, que también es su última y más importante meta: atender la asignatura de ópera mexicana, dejando, por lo demás, descansar un poco los exhaustos caballitos de batalla presentados una y otra y otra vez en “el palacio de mármol”.

En ese contexto, poca oposición podrían encontrar los montajes de estas dos óperas, que si no es en una ocasión festiva y honrosa de este tipo difícilmente alguien se ocuparía de ellas, porque si bien muestran la dificultad que Ibarra ha tenido para encontrar buenos libretos, funcionales desde el punto de vista dramático, de igual forma son un recorrido de muestra, casi turística, a las ideas musicales del compositor, de sus influencias, de su capacidad creativa.

Con un libreto —autoría de Luis de Tavira que se basa en *El principito* de Antoine de Saint-Exupéry— más expositivo y pretendidamente poético que narrativo, que además presupone el conocimiento de la historia primigenia de la que procede, lo cual dificulta comprender la trama y encontrar las capas de las que están compuestos sus personajes, *El pequeño príncipe* es una acumulación de diez escenas en las que un piloto cuyo avión cae en el desierto del Sahara se topa y escucha las moralejas y reflexiones de un pequeño ser o bien alucinado, o alienígena, de vena poética y nostálgico, que merodea por la zona con sus monsergas.

La música de Ibarra en su tercera ópera trata de ajustarse a esos presupuestos, hilando separadores sonoros muy bien logrados que



Enrique Ángeles (El piloto) y Nadia Ortega (El principito)

distorsionan la realidad y transportan al escucha a una atmósfera a medio camino entre lo verdadero y lo fantasioso. Su sonoridad no es particularmente original, da la impresión de contener reminiscencias y fórmulas de diversos compositores del siglo XX, pero funciona al grado de conseguirle una identidad propia.

La soprano **Nadia Ortega** protagonizó de manera creíble el rol del Pequeño Príncipe, que antes ha sido interpretado también por un contratenor. Del Piloto se encargó el barítono **Enrique Ángeles**, con una voz que fue de la furia, la impaciencia y la incertidumbre hasta la melancolía. La soprano **Anabel de la Mora** abordó la Flor y el Agua, con una bien impostada voz que para cumplir con los retos del registro agudo en que Ibarra compuso la expresión de estos dos personajes ha de sacrificar un tanto la dicción. La Zorra de **Carla Madrid**, **Héctor Valle** como la Serpiente, **Hugo Colín** como el Contador y **Sergio Ovando** como un Astrónomo turco complementaron el elenco de una producción que contó con una vistosa y ágil puesta en escena de **Luis Miguel Lombana**, basada en el fuselaje de un avión y que gira en algunos momentos para dejar pie a otros escenarios, de distintas atmósferas sin salir del desierto.

Como escribí en 2010, a partir de su estreno en el Centro Nacional de las Artes, en *Antonieta* Federico Ibarra crea flujos dramáticos de particular atractivo a través de sonidos que saben encontrar los espacios y colores orquestales para el realce y expresividad de la voz humana.

“*Antonieta* —describí en aquel entonces— es una exploración del por qué Antonieta Rivas Mercado pudo haberse quitado la vida en la Catedral de Notre-Dame, en Francia, en 1931, de un disparo al corazón. El libreto, autoría de Verónica Musalem, busca las razones a través de tres vertientes en las que la hija del reconocido arquitecto Antonio Rivas Mercado avivaba sus pasiones: el amor, la política y el arte, simbolizadas precisamente por alegorías-personajes”, esta vez interpretados por **Zaira Soria**, **Jesús Ibarra** y **Gerardo Reynoso**, quien lució particularmente su timbre de tenor, con una calidez y claridad disfrutables.

La estructura de la obra es circular: comienza y termina con el suicidio, y diversos episodios en *flashback* dan el cuerpo a la



Jesús Suaste (Antonio Rivas Mercado) y Grace Echaury (Antonieta)



Jesús Ibarra, Grace Echaury, Zaira Soria y Gerardo Reynoso

trama, que desde la sintonía de la construcción dramática tiene el inconveniente de presentar el clímax desde los primeros minutos.

Ante ese inicio definitivamente impactante, apunté en aquel momento como lo hago ahora: “El resto puede parecer débil desde el punto de vista dramático y es difícil de definir si el espectador encuentra en ello la fuerza de las razones para el suicidio de Antonieta, o si éstas se diluyen en pasajes que no necesariamente muestran el amor, la política o el arte en su acción, sino de forma platicada, reflexiva, teóricamente. En lo musical, Ibarra pone en juego su armamento de recursos expresivos y logra crear atmósferas que apuntalan la escena al tiempo que discurre un lenguaje tan propio que, si bien puede encontrar los sonidos propicios de la brutalidad, de la desesperación o de la angustia desgarrante, la partitura no está exenta de ese mordaz humor tan típicamente suyo para ridiculizar, por ejemplo, al poder o al nacionalismo musical, del que él siempre se ha apartado, aún si en este caso lo recrea. Hay melodías y ritmos tan propios que en algunos pasajes de *Antonieta* no era un disparate pensar que de pronto podría aparecer bailando la Tortuga o algún otro personaje de su *Alicia*.”

“Como ha quedado claro obra tras obra, Ibarra sabe escribir para la voz, la potencia, le da su lugar de relevancia dentro de una ópera, ya sea con recitados, con dinámicos cantables o con la intensidad de los silencios”.

La mezzosoprano **Grace Echaury** volvió al rol epónimo y lo hizo mostrando una gran madurez vocal y un compromiso dramático notable. Su penetración al personaje es total. El papel de su padre lo hizo el barítono **Jesús Suaste**, enfundado en una caracterización anecdótica que lo aproximaba a Venustiano Carranza.

La puesta en escena, que resultó particularmente estática como lo fue desde 2010, correspondió a **José Antonio Morales**, “Josefo”, y a **Rosa Blanes Rex**, con iluminación de **Víctor Zapatero** y videoarte de **Rafael Blásquez**. Estática, conviene puntualizarlo, no necesariamente en sentido negativo, sino reafirmando ese carácter expositivo, casi plástico más que teatral, de la obra.

Al frente de la Orquesta y el Coro del teatro de Bellas Artes se contó con la dirección invitada de **Iván del Prado**. Todo lo expresado sobre la música de este par de títulos no podría desprenderse en ningún aspecto de la batuta del concertador. 🎯

Para otras opiniones sobre estas óperas, ver *Otras voces*, www.proopera.org.mx